

No son unas primarias

Los partidos tienden a plantear las elecciones europeas en clave nacional, pero ello supone hurtar al ciudadano un debate sobre las políticas de la UE y cómo quiere ser gobernado en los próximos cinco años

JOSÉ IGNACIO TORREBLANCA

EL PAS, lunes 23 de abril de 2008

LA CUARTA PÁGINA

OPINIÓN

No son unas primarias

Los partidos tienden a plantear las elecciones europeas en clave nacional, pero ello supone hurtar al ciudadano un debate sobre las políticas de la UE y cómo quiere ser gobernado en los próximos cinco años

Por JOSÉ IGNACIO TORREBLANCA

Tras estos noventa millones de europeos están convocados a las urnas los próximos días 22-23 de mayo en unas elecciones que coinciden con una de las crisis más profundas de la historia de la integración europea. Se trata de una crisis que es estructural pero también política y de legitimidad, ya que dentro de la Unión Europea se ha abierto una gran brecha entre elites y ciudadanos y entre decisiones y acciones. Ello ha llevado a toda Europa en un callejón sin salida para las medidas que los líderes europeos parecen para salir de la crisis y a diferentes opiniones sobre el conocimiento popular y las medidas que obtendrán el consentimiento popular no pueden ser pasadas en marcha.

En esta situación entre democracia y eficacia en la que se enfrenta un peligroso círculo vicioso entre populismo y burocracia del que se sufre la deslegitimación de las democracias, la desafección con el proyecto europeo y el auge de las fuerzas populistas al que estamos asistiendo. Un importante avance de los miembros del partido, por un lado, en unas elecciones europeas se debería centrar en la integración europea y, por otro, en un Parlamento Europeo con mayor legitimidad que pensar a esas medidas de refuerzo de la gobernanza en la economía. También nos llevaría hacia una Europa cada vez más en contradicción con sus propios valores de solidaridad y de apertura.

De forma gradual, los ciudadanos han tendido a dar la espalda a las elecciones europeas: desde la participación récord del 62% en 1979, cuando se convocaron por primera vez, la participación ha caído considerablemente hasta alcanzar el 40% en las últimas elecciones. Además, muchos de los que han acudido a las urnas lo han hecho para protestar o castigar a los gobiernos en ejercicio y mostrar su conformidad o disconformidad con las políticas nacionales en curso, no para marcar el rumbo político de Europa.

Por eso, entre las elecciones europeas tienen a los partidos políticos a plantear las en clave nacional, con similitudes a un sufragio más de legitimación. El tan precario que supone hurtar al ciudadano la posibilidad de un debate informado sobre la Unión Europea es el que los ciudadanos tengan la oportunidad de juzgar las políticas llevadas a cabo hasta la fecha y a la vez, señalar a las instituciones europeas cómo quieren ser gobernados durante los próximos cinco años. Utilizar estas elecciones como una herramienta de las elecciones generales no sólo divide la democracia sino que también disminuye la relevancia y capacidad de acción en Europa.

El verdadero desafío que ahora enfrenta la Unión Europea es lograr que el auge de los euroscepticismos no condicione su futuro en un sentido negativo, ni en Europa ni en sus países que favorece la participación, si, y también a la confrontación con las fuerzas populistas, pero en su lugar que hacer auténtica reconocer que dentro los próximos años las cosas se han hecho mal en Europa. La falta de instituciones adecuadas y el diseño de políticas erróneas en el ámbito europeo han agravado la crisis y retardado su solución. A ello se ha sumado la falta de liderazgo de una generación de políticos que han acompañado los procesos electorales a corto plazo al bienestar común y la solidez del proyecto europeo. El resultado de todo

esto es, me comencé, que a los ciudadanos europeos se les han impuesto acciones innecesarias.

La democracia se vacía de sentido, en que y en Europa, al estar en lugar de ofrecer a los ciudadanos alternativas reales se les imponen premias imposibles de cumplir que en la actualidad ni siquiera se han

logrado el poder. Sólo ofreciendo a los ciudadanos recuperar el control sobre la política se restaurará la confianza en la democracia como un instrumento válido para resolver los problemas que la ciudadanía enfrenta. Finalmente, porque la política y las instituciones europeas están más lejos y son más débiles, el daño

que ocasiona, no sólo a atender su situación interna institucional, que poco o nada le interesa a los ciudadanos.

La identidad y el futuro de Europa se juegan hoy en torno a tres pilares. El primero es en los que se debe plantear el debate a los ciudadanos. El primero, la capacidad de lograr que a su medida, el euro sea una fuerza de crecimiento económico, progreso social y bienestar en los territorios. Por desgracia, el gobierno de la crisis del euro no ha ido en dicha dirección, sino en la dirección de una mayor fragmentación política, económica, territorial y social entre los europeos. Por ello, es importante volver al euro de los territorios e instituciones adecuadas para que pueda de verdad ser la moneda común de un proyecto político tan singular y a la vez, singular como la Unión Europea. El segundo pilar es en paralelo a la presión de acciones en la integración económica, avanzar en la integración política y social, ofreciendo a los ciudadanos la posibilidad de escapar en el ámbito europeo la soberanía política y la capacidad de incidir en la política nacional. Si una unión política más profunda no se consigue en la falta de legitimidad democrática del actual sistema de gobierno europeo, lo que equivale a decir que no se puede asegurar nada en el ámbito europeo a los ciudadanos ni el ámbito político.

El segundo pilar esencial de la actual Unión Europea es la libertad de circulación de personas. La movilidad de personas no sólo es un elemento del punto de vista económico, sino también imprescindible para avanzar el proyecto político europeo. Debemos dejar de observar a los ciudadanos que se desaniman por el territorio de la UE como integrarse: son ciudadanos europeos que ejercen un derecho fundamental, un esencial o más para la UE como lo es la libertad de circulación de bienes, servicios y capitales.

En última instancia, el tercer gran elemento que condiciona hoy la identidad de la Unión Europea es su dimensión exterior. La UE está en un momento crítico, lo cual ocurre en un momento crítico, pero en sus fronteras se encuentran los desafíos y conflictos, tanto en la frontera del Mediterráneo como en Oriente Medio, los Balcanes y la seguridad exterior. Por otro lado, pero también por lo contrario, la UE debe mantenerse activa e implicada en la construcción de la paz, la seguridad y la libertad en su periferia. En Europa, aquí también, surge y liderazgo político para asegurar a la ciudadanía que Europa necesita una política de seguridad que permita al pueblo y que el cambio de la integración en Europa sea inevitable.

En conclusión, es en el momento crítico de la UE, en la producción de la libertad de personas y en el derecho de una acción exterior cohesionada con sus propios países y valores desde Europa y hacia su futuro. El proyecto político de los miembros europeos en Europa debe ser: querer en volver a las necesidades nacionales, económicas, territoriales y sociales y alinearlas del territorio. Es posible que, finalmente, las fuerzas europeas estén haciendo un gran favor a los europeos para los próximos años en un lugar a donde cada vez se oírme a seguir exactamente el mismo.

José Ignacio Torreblanca, es miembro del Círculo Cívico de Opinión, del que es socio fundador.



Foto: M. J. J. J.

El desafío de La Unión es que el euroscepticismo no condicione su futuro negativamente

Se necesita liderazgo para desarrollar una política de seguridad que merezca tal nombre

que pueden sufrir en mayor o en menor medida de populistas y euroscepticismo está obviamente orientada en reforzar el sentimiento nacional y, en paralelo, en debilitar el poder de las instituciones europeas, o incluso de abolirlas.

Los políticos europeos se equivocaron en la solución a los problemas, pero el son peyorables en su capacidad de resolverlos. La preocupación de muchos ciudadanos de Europa es el diagnóstico ocupado por el empleo, el bajo crecimiento, la precariedad laboral, la sostenibilidad del modelo de bienestar y los servicios públicos, así como por la debilidad relativa de la democracia frente a los mercados financieros. Los europeos deben escuchar más y mejorar su democracia en lugar de preocuparse únicamente del electorado. Las instituciones europeas deben aprender a escuchar y atender a su pro-

Trescientos noventa millones de europeos están convocados a las urnas los próximos días 22-25 de mayo en unas elecciones que coinciden con una de las crisis más profundas de la historia de la integración europea. Se trata de una crisis que es económica pero también política y de legitimidad, ya que dentro de la Unión Europea se ha abierto una gran brecha entre elites y ciudadanos y entre deudores y acreedores. Ello ha situado a toda Europa en un callejón sin salida pues las medidas que los técnicos proponen para salir de la crisis rara o difícilmente obtienen el consentimiento popular y las medidas que obtendrían el consentimiento popular no pueden ser puestas en marcha.

Es en esa tensión entre democracia y eficacia en la que se alimenta un peligroso círculo vicioso entre populismo y tecnocracia del que se nutre la deslegitimación de las democracias, la desafección con el proyecto europeo y el auge de las fuerzas populistas al que estamos asistiendo. Un importante avance de los eurófobos redundaría, por un lado, en unos gobiernos menos proclives a avanzar en la integración europea y, por otro, en un Parlamento Europeo con menos legitimidad que prestar a esas medidas de refuerzo de la gobernanza en la eurozona. También nos llevaría hacia una Europa cada vez más en contradicción con sus propios valores de solidaridad y de apertura.

De forma gradual, los ciudadanos han tendido a dar la espalda a las elecciones europeas: desde la participación récord del 62% en 1979, cuando se convocaron por primera vez, la participación ha caído sostenidamente hasta alcanzar el 43% en las últimas elecciones. Además, muchos de los que han acudido a las urnas lo han hecho para premiar o castigar a los gobiernos en ejercicio y mostrar su conformidad o disconformidad con las políticas nacionales en curso, no para marcar el rumbo político de Europa.

Por eso mismo, las elecciones europeas tientan a los partidos políticos a plantearlas en clave nacional, convirtiéndolas en un examen de mitad de legislatura. Es un proceder que supone hurtar a la ciudadanía la posibilidad de un debate informado sobre la Unión Europea en el que los ciudadanos tengan la oportunidad de juzgar las políticas llevadas a cabo hasta la fecha y, a la vez, señalar a las instituciones europeas cómo quieren ser gobernados durante los próximos cinco años. Utilizar estas elecciones como unas primarias de las elecciones generales no sólo devalúa la democracia sino que también disminuye nuestra relevancia y capacidad de acción en Europa.

El verdadero desafío que ahora enfrenta la Unión Europea es lograr que el auge de los euroescépticos no condicione su futuro en un sentido negativo, ni en Europa ni en casa. Hay que llamar a la participación, sí, y también a la confrontación con las fuerzas populistas, pero antes hay que hacer autocrítica y reconocer que durante los últimos años las cosas se han hecho mal en Europa. La falta de instituciones adecuadas y el diseño de políticas erróneas en el ámbito europeo han agravado la crisis y retardado su solución. A ello se ha sumado la falta de liderazgo de una generación de políticos que ha antepuesto los intereses electorales a corto plazo al bienestar común y la solidez del proyecto europeo. El resultado de todo esto es, reconozcámoslo, que a los ciudadanos europeos se les han impuesto sacrificios innecesarios.

La democracia se vacía de sentido, en casa y en Europa, si en lugar de ofrecer a los ciudadanos alternativas reales se les regalan promesas imposibles de cumplir que serán abandonadas rápidamente una vez logrado el poder. Sólo ofreciendo a los ciudadanos recuperar el control sobre la política se restaurará la confianza en la

democracia como instrumento válido para resolver los problemas que la ciudadanía enfrenta. Precisamente porque la política y las instituciones europeas están más lejanas y son más débiles, el daño que pueden sufrir es mayor pues la agenda de populistas y eurófobos está obsesivamente centrada en reforzar el sentimiento nacional y, en paralelo, en debilitar el poder de las instituciones europeas, o incluso disolverlas.

Los populistas están equivocados en la solución a los problemas, pero si son populares es porque aciertan en el diagnóstico de las preocupaciones de mucha gente. La ciudadanía europea está hoy preocupada por el empleo, el bajo crecimiento, la precariedad laboral, la sostenibilidad del Estado de Bienestar y los servicios públicos, así como por la debilidad relativa de la democracia frente a los mercados financieros. Los europeístas deben escuchar más y mejor; no es democrático despreciar a una parte sustancial del electorado. Las instituciones europeas deben aprender a escuchar y atender a sus preocupaciones, no solo a atender sus disputas interinstitucionales, que poco o nada interesan a los ciudadanos.

La identidad y el futuro de Europa se juegan hoy en torno a tres pilares. En ellos es en los que se debe plantear el combate a los populistas. El primero, la capacidad de lograr que su moneda común, el euro, sea una fuerza de crecimiento económico, progreso social y cohesión entre territorios. Por desgracia, el gobierno de la crisis del euro no ha ido en dicha dirección, sino en la dirección de una mayor fragmentación política, económica, territorial y social entre los europeos. Por ello, es imperativo rodear al euro de los instrumentos e instituciones adecuados para que pueda de verdad ser la moneda común de un proyecto político tan singular y a la vez ejemplar como la Unión Europea. Es necesario pues, en paralelo a la profundización en la integración económica, avanzar en la integración política y social, ofreciendo a los ciudadanos la posibilidad de recuperar en el ámbito europeo la soberanía política y la capacidad de incidencia social perdida en el ámbito nacional. Sin una unión política más profunda no se corregirá la falta de legitimidad democrática del actual sistema de gobernanza europeo. Lo que equivale a decir que no se puede avanzar más en la unión económica sin el debido respaldo político.

El segundo pilar esencial de la actual Unión Europea es la libertad de circulación de personas. La movilidad de personas no solo es esencial desde el punto de vista económico, sino también imprescindible para afianzar el proyecto político europeo. Debemos dejar de observar a los ciudadanos que se desplazan por el territorio de la UE como inmigrantes: son simplemente ciudadanos que ejercen un derecho fundamental, tan crucial o más para la UE como lo es la libertad de circulación de bienes, servicios y capitales.

En último lugar, el tercer gran elemento que configura hoy la identidad de la Unión Europea es su dimensión exterior. La UE está en paz consigo misma, lo cual constituye un logro admirable, pero en sus fronteras se acumulan los desafíos y conflictos, tanto en la ribera sur del Mediterráneo como en Oriente Medio, los Balcanes y la vecindad oriental. Por altruismo, pero también por interés propio, la UE debe mantenerse activa e implicada en la construcción de la paz, la seguridad y la libertad en su periferia. Ello implica, aquí también, coraje y liderazgo político para explicar a la ciudadanía que Europa necesita una política de seguridad que merezca tal nombre y que el camino de la integración en defensa es inevitable.

En conclusión, es en el reforzamiento del euro, en la profundización de la libre circulación de personas y en el desarrollo de una acción exterior coherente con nuestros principios y valores donde Europa se juega su futuro. El proyecto político de los eurófobos es muy claro en los tres ámbitos: quieren volver a las monedas nacionales, cerrar las fronteras a los inmigrantes y aislarse del exterior. Es posible

que, irónicamente, las fuerzas eurófobas estén haciendo un gran favor a los europeístas, pues les están señalando sin ningún lugar a dudas cuál es el camino a seguir: exactamente el inverso.

José Ignacio Torreblanca, en nombre del Círculo Cívico de Opinión, del que es socio fundador.